

BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

DE

**La Novela Semanal Cinematográfica**



por

J. Warren  
Kerrigan  
Jean Paige  
etc.

**El capitán Blood**

**50 cts.**



FLYNN, Emma

BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

DIRECTOR FRANCISCO MARIO BROTANER

Gran Via Layetana, 12 - BARCELONA - Teléfono 4425 A.

(CAPTAIN BLOOD, 1924)

# El Capitán Blood

(EL FILM ESTUPENDO)

Adaptación de la obra maestra de Rafael Sabatini.  
Bellísima página de amor

DIRECCIÓN DE DAVID SMITH

INMENSA CREACIÓN DE

J. WARREN KERRIGAN

en el rôle de «Capitán Blood», secundado  
por los notables artistas siguientes:

|                    |               |                |
|--------------------|---------------|----------------|
| James Morrisson,   | en el rôle de | ROBERTO PITT   |
| Wilfrid North,     | »             | CORONEL BISHOP |
| JEAN FAIGER,       | »             | ARABELA        |
| Charlotte Merriam, | »             | MARY TRAIL     |
| etc.               |               |                |

Grandiosa Superproducción VITAGRAPH

EXCLUSIVA DE

MUNDIAL-FILM (Rodrigo Soler)

Diputación, 278 - Teléf. 945 S. P. - BARCELONA



# El Capitán Blood

Argumento de la película de dicho título

*Prohibida la  
reproducción*

*Revisado por  
la censura*

Corría el año de 1685, y en la ciudad inglesa de Bridgewater se dejaba escuchar, a veces débil, como lejano, a veces estridente y arrollador, el alarido de la rebelión.

El pueblo y los nobles eran partidarios del duque de Monmouth y soñaban en arrojár a Jaime II del trono de Inglaterra.

Un hombre permanecía ajeno a todas aquellas luchas; era el doctor Pedro Blood, un médico notable, que había hecho el sacrificio de su recto temperamento de soldado en el altar de su profesión.

No así Roberto Pict, vecino del doctor y tan audaz navegante en el mar como intrépido revolucionario en tierra firme. Roberto era partidario del duque de Monmouth y lo demostraba en todo momento. Aquel día, después de escuchar la lectura del edicto de dicho duque invitando al pueblo a sublevarse contra el usurpador, vió, con agrado, llegado el momento de entrar en acción, y al encontrar al doctor, cerca de su casa, le dijo, en vista de su serenidad:

—Doctor Blood, seas un hombre de valor... En lo

campos de batalla lo demostrasteis más de una vez.  
¿Por qué entonces no abandonáis vuestra pasividad y  
tomáis el partido del libertador de Inglaterra?

—Soy ahora un hombre de ciencia y no de armas,  
Roberto—repuso el doctor. Y, gravemente, añadió:  
—Mi misión es curar; no matar.



—Mi misión es curar; no matar.

A juzgar por la actitud en que quedó el doctor, las palabras del joven rebelde, a pesar de la segura respuesta que él le diera, habíale dejado pensativo. En efecto, el galeno parecía reconcentrado en sí mismo; y no sería aventurado suponer que allí en lo más íntimo de su ser sentía Pedro Blood la nostalgia de los días, ya un poco remotos, en que su espada, como

una serpiente de acero, se hundía en los pechos enemigos.

Pero, ahora, su profesión le ataba a sus enfermos.

El pueblo, exaltado, se lanzó a la revolución, mas no tardaron los rebeldes en sufrir la más amarga de las derrotas ante el número y los elementos de guerra de las tropas reales.

Una noche en que el doctor Blood dormía con sueño agitado, Roberto tiró fuertemente de la campanilla de la puerta, para despertarle. El requerido se asomó a la ventana que daba a la calle e inquirió la causa de la precipitación del vecino.

—¿Qué sucede?

—¡Venid en seguida, doctor!... ¡Lord Gildoy, nuestro valiente jefe, está gravemente herido en la granja de Ogleshorpe!

Blood vistióse en el acto, sin fijarse en detalles, y en compañía del alarmado Roberto se dirigió hacia el lugar donde el jefe rebelde sufría cruelmente.

Solicitamente el doctor aportó sus notables conocimientos científicos para salvar al herido, y durante la curación primera, Roberto, con extraordinario espanto, apartándose de la ventana detrás de la cual ocaba los caméanos, exclamó:

—¡Las tropas del Rey!... ¡Estamos perdidos!

El granjero, presa de temor, no sabía qué partido tomar. No podía hacer desaparecer al herido, a causa de su gravedad, ni recusarse a dar toda clase de facilidades a las tropas cercanas para practicar un registro en su hacienda.

Roberto, persuadido de que si le encontraban allí, las tropas lo prenderían como revolucionario, pues no lo podían negar ni su semblante ni sus vestidos, desen-



cajado aquél por el dolor de la lucha y de la derrota, y sucios y destrondos los últimos, ocultóse en un pequeño armario.

A poco, las tropas reales entraron en la granja. El que las mandaba encaróse con el doctor, preguntándole qué hacía allí, sospechando fuese un espión.

—No soy lo que suponéis, señor... Os halláis ante un médico que cumple con su deber curando a un herido, sin preguntarle cuáles son sus ideas.

La respuesta de Blood había sido serena y firme. Sin embargo, el comandante de las tropas escuchó con perversa intención todas las razones, afanoso de poder justificar su visita a la granja, y dió la multitud casualidad que descubriese el escondite de Roberto, lo cual nadie pudo evitar.

Roberto se consideraba perdido sin remedio. Hubiera querido defenderse pero desistió de su empeño ante la desproporción del enemigo.

—¡Sal de ahí, perro rebelde!—le conminó el despótico militar.

El valeroso ciudadano obedeció, y los soldados se lo llevaron hacia fuera, así como al granjero, al que el oficial mandó detener como cómplice.

El doctor no podía tampoco escapar a la arbitraria justicia del oficial, y él mismo que nadie, pues el militar, por lo mismo que se sentía infinitamente inferior moral y materialmente a él, le odiaba. Había intentado un intercambio de palabras para que naziese en el pecho del comandante de la patrulla de realistas, el reconocimiento del digno médico.

—¿Negáis ahora que, por lo menos, sois un encubridor?—preguntó zumbón—. ¡Como tal se os tratará, yo os lo aseguro!

Cuanto dijo Blood por defenderse fue estéril. El oficial le abrumaba de acusaciones. Y lo entregó a sus soldados. Mandaba la fuerza, pisoteando a la razón sin piedad.



*...la esposa del granjero, mujer de mucha hermosura, rupo de la abyección que anidaba en el alma del tirano.*

Las mujeres imploraban la clemencia del militar, y una de ellas, la esposa del granjero, mujer de

mucha hermosura, aipo de la abyección que anidaba en el alma del tirano, que trató, aprovechándose de la ocasión, de seducirla.

Víctima de las apariencias, sobre el desgraciado Pedro Blood cayó todo el rigor de aquellos días de revuelta, y así, acusado del delito de alta traición, fué condenado a muerte por el "Tribunal de la Sangre".

—¡Acusado Blood—pronunció el Presidente—, serás ahorcado con los demás rebeldes!

Para conmutar su pena, Blood, en compañía de Roberto Pin y de otros rebeldes, fué transportado a la lejana Isla de la Barbada, en las Indias Occidentales, para ser vendido como esclavo. Esta era otra forma de quitarles la vida; de preguntárselo, ¿cuál de los dos castigos hubieran preferido? ¡Ah! ¡Bien sabían los jueces hacer purgar los supuestos delitos!

Amontonados, como algo sin valor, despreciable, que no merece más que la violencia de un puntapié, viajaban en las nauseabundas bodegas de un barco los pobres desterrados, la miseria más espantosa se reflejaba en sus rostros, barbudos y repugnantes por la misma suciedad que no podían combatir, por falta de elementos para ello; y sus pechos, hundidos por el hambre, alimentaban sordamente un encono feroz contra los causantes de su humillante destino.

Tras larga travesía llegaron a la meta de su salvaje, para empezar el más horrible de todos, el de la esclavitud bajo el látigo bebedor de sangre.

Fueron conducidos a una cuadra. Colocarónles en larga fila, como ganado expuesto por mercaderes. Había un buen surtido. Todos los gustos quedarían satisfechos. Desde el más endienque hasta el más

obeso tenía allí representación. A primera vista, todos eran repudiables. Tenían el rostro burbuja y daban la impresión de estar enfermos. Sin embargo, detrás de las facciones contristadas, aparecía el carácter de cada uno.

Los desahogados acompañantes de los esclavos obli-



—y simultáneamente sus ojos se detuvieron en Blood, examinándole de pies a cabeza (pág. 10).

gaban a éstos a adoptar la mejor postura, para abreviar lo más posible el momento de la venta; y todos sabían lo que significaba el resistirse a la obediencia.

El coronel Bishop, uno de los propietarios más



ricos de la isla, era siempre el primero en la compra de esclavos para sus plantaciones. Hombre cruel y cobarde, no veía en aquellos desgraciados a semejantes suyos, sino a bestias a las que hay que hacer trabajar a fuerza de azotes.

Aquel día le acompañaban en su visita a la cuadra donde estaban reunidos los esclavos, su sobrina, Arabela, cuya alma era dulce y bondadosa por instinto, pero sobre la que el orgullo de casta ponía a veces la nota desagradable de una aspección, y Mary Trail, prima de Arabela y su compañera inseparable.

Las dos jóvenes pasaron revista de los esclavos, y simultáneamente sus ojos se detuvieron en Blood, examinándole de pies a cabeza.

Al sentirse inspeccionado por ellas, Blood, violento consigo mismo, inclinó su rostro sobre su pecho, rehuviendo la curiosidad de las mujeres. ¿Qué estarían diciendo de él? ¿Qué concepto habían formado ya, guiadas por sus apariencias? ¡Oh! Seguramente estarían denigrándole, como a todos, mucho más, tal vez.

Pero no. Las dos muchachas, zifibando tras la máscara de amargura de Blood una expresión de energía propia de las almas capetiores, y por ende muy rara, le juzgaban interesante, distinto de todos los demás.

Tan era así que, Arabela, acercándose a su tío, que en aquel momento hablaba con Florencia Sterd, el gobernador de la isla Barbada, que acababa de llegar a la cuadra, en una litera, pues su afición insidiosa al whisky le había proporcionado, ya en las umbrales de la vejez, la tortura constante de la gota, le habló en voz queda de aquel esclavo que tan apuesto era en su arrogante actitud.

El coronel no había reparado con interés en Blood, precisamente porque le pareció un carácter indómito, soberbio y audaz, y al mostrárselo Arabela tocándole en un brazo con su cimbreante tusta, hizo una mueca de desagrado.



y al mostrárselo Arabela tocándole en un brazo con su cimbreante tusta, hizo una mueca de desagrado.

Al contacto de la varita de Arabela, Blood se hizo instintivamente atrás, censurando la ofensa. El coronel cerró los puños, irritado por el gesto de desprecio del esclavo, y persistió en su primera impresión.

—La compras, ¿verdad?—le preguntó Arabela.

—No, no me gusta este tipo... ¡No quiero saber nada de él!

Cruzóse un instante la mirada de los dos hombres. En la del coronel brillaba el despecho. En la de Blood la frialdad, la indiferencia, causa del enojo del rico colono, que, acostumbrado a la humillación más profunda de sus esclavos, no podía concebir el fiero ademán del recién llegado.

Claro que para un esclavo, cuanto más odio le inspira la víctima, más ocasión tiene de cabarse en ella; pero cuando el verdugo es odiado como lo era el coronel...

Decididamente éste no aceptaba a Blood. Arabella así lo comprendió, y no dispuesta a ello, insistió en su deseo de que lo tomase a su servicio, pretextando que sería, además de un vigoroso trabajador en el campo, un excelente mozo de establos, pues su caballo de paso requería un hombre de buen temple.

Tanto se esforzó Arabella en convencer a su tío, que, al fin, se alió con la suya. El coronel preguntó a uno de los guardianes de los esclavos si se lo podía llevar, junto con otros, uno de ellos Roberto, al que había elegido antes, examinándole minuciosamente, sin olvidar la dentadura, como si fuese un cuadrúpedo cualquiera, y respondió el interpelado:

—Imposible venderle este esclavo por diez libras, señor... Vale más que cuatro de los otros, porque sabe curar. Si no hubiese sido por él, más de la mitad de estos hombres habría muerto en la travesía.

El coronel enfurecióse para sus adentros más todavía, y su indignación traslucíase en sus resoplidos de protesta e impaciencia.

—Por diez libras es mío... Si no, me quedará con otro...

El gobernador, al oír que Blood sabía curar, es

decir, que era médico, alegróse sobremanera, en interés personal, y deseaba que el coronel adquiriese tan excepcional esclavo.

Y como quiera que Arabella no cejaba en su afán de comprar a Blood, el coronel tenía que ceder fuertemente.

—Podría ofrecer quince libras, querido tío—apuntó Arabella, mimosa.

El coronel hizo un esfuerzo para vencerse a sí mismo, y accedió a pagar quince libras, precio que fué aceptado.

De modo que Blood pasaba a poder del brutal colono, con gran contentamiento de Arabella, su prima y el gobernador, que pensaba en los servicios que aquél le podía prestar si resultaba ser un buen científico.

Pasaron los días, y el doctor Blood, Roberto Pitt y otros desgraciados, supieron del horrible tormento de trabajar como bestias de sol a sol, abriendo surcos en la tierra, mientras el látigo abría surcos en sus espaldas...

A las órdenes de un energúmeno, los infelices pujaban agotados, muertos de fatiga, sangrándoles el cuerpo y el alma, del arado, en cuyas manceras se apoyaba con todas sus fuerzas Blood, consiguiendo a duras penas, aquellas acémilas humanas, el que la cuchilla del instrumento se abriese paso en la reseca tierra de la inmensa planicie!

Era horrible presenciar aquel espectáculo. A los que curian, suplicando descanso o la muerte, se les obligaba a re incorporarse a fuerza de latigazos. Blood, por ser el que llevaba la más pesada parte en aquel rudo trabajo, pues de su fuerza y habilidad dependía



la estabilidad del arado, el equilibrio de la cuchilla, para la rectitud del surco, era el que más fatigazos recibía, y el único que podía resistir tantos, por ser el más fuerte de todos.



*Suplicas del overrenda tormento de trabajar como bestias de sol a sol...*

Una tarde en que el suplicio de los esclavos había sido acaso más horrible que de costumbre, llegó al caldeado campo un enviado del gobernador. Hallábase junto a los esclavos, censurándoles el escaso rendimiento de trabajo que, en su opinión, ellos le daban, el coronel, a quien aquel dijo:

—Su Excelencia el señor gobernador os ruega que

traguéis la similitud de enviarle el esclavo que entiende de medicina.

Al coronel le interesaba estar en las mejores relaciones con su amigo el gobernador, y aunque le enojase la importancia que éste le daba al esclavo reclamando sus servicios, no pudo menos de ocultar su disgusto y librarle del suimiento del látigo por unas horas.

Los notables conocimientos de Blood en la ciencia que profesaba fueron observados con singular agrado por el gobernador, que le convirtió en su médico, y, unos días más tarde, gracias a la protección del gaucho, su condición de esclavo había mejorado considerablemente, aunque no hubiese podido conseguir su libertad.

Arabela le vio, una de las veces que Blood iba a casa del gobernador, y al cruzarle, a caballo, inclinándose respetuosamente él a su paso, exclamó, con entonación en que asumaba la soberbia:

—¡Erais verdaderamente cambiado, Pedro Blood!... ¡Pero así y todo, os reconozco!

Intimamente sintió Blood como un arañazo. El sabía, lo había visto por sus propios ojos, que Arabela era dulce, y no pudo menos de replicar:

—Una dama como vos debería empezar por reconocerse a sí misma, para que sus acciones no disminuyesen nunca su bondad natural.

La respuesta cayó bien en el ánimo de la mujer. Era una observación y un halago a un mismo tiempo; compensación muy agradable. Y ella comentó, un tanto afectada:

—¡En verdad, señor doctor, que más bien diferente

de esos tipos patibularios que con tanta frecuencia nos envían de Inglaterra!

—Sin embargo, soy lo que son ellos: un rebelde y, por lo tanto, un esclavo.

Inclinóse de nuevo reverentemente ante la agraciada mujer, y volvió a partir en su brioso caballo. ¡Qué bella era! ¡Lástima que su vida se deslizará en un ambiente de despotismo, creado por su aborrecible tío!

El gobernador esperaba impaciente a Blood. El médico que hasta la llegada del esclavo había tenido aquél, según visitándole, como para comprobar lo que hacía su oficio, a pesar de que el enfermo le había entregado ya toda su confianza.

Al verle, el gobernador alejó sin rodeos a su antiguo doctor, y recibió jovialmente a Blood:

—¡A ver, Blood, a ver si aciertas como la otra vez!

Se trataba de quitarle la venda de la pierna, para proceder a la cura. La delicadeza con que ejecutaba Blood este trabajo no tenía rival, y era muy natural que el gobernador respirase tranquilo apenas el esclavo transporta el umbral de su morada.

\*\*\*

La vida que llevaban los esclavos sometidos a los rudos trabajos de labranza, era insostenible. Cohunda la resignación de los desdichados, las más decididos, capitaneados por Pitt, resolvieron enfren-

tarse con la muerte, para volver a la vida... a desaparecer para siempre.

El benjamín de los esclavos, un gordinflón con apariencia de mujer desdentada y grasienta, se sintió también con ánimo de arrostrar los peligros que significaba su loca aventura; y la fuga quedó concertada para aquella noche.

Llegó la hora anhelada. Los fugitivos escondíanse en las tupidas plantaciones, esperando el momento propicio.

Todo parecía conjurarse en favor de los infelices. El paraje umbrío, la oscura noche...

Avanzaron. Agitábanse con leve rumor los penachos de las cañas de azúcar al rozarlas los esclavos. Dos guardianes acertaron a pasar por donde eslebreaban los fugitivos, y al oír el suspirar de los inquietados tallos, se pusieron al accho, sorprendiendo a uno de aquéllos, al pobre Pitt.

Roberto trató de escapar a la persecución de que era objeto. Fue inútil. Derribáronle de un tiro. Los otros esclavos apresuráronse a ponerse en salvo, regresando a sus sitios de costumbre. El benjamín adelgazó en aquellos momentos de pánico indescriptible, en que la vida de todos pendía de un hilo pronto a quebrarse.

Los guardianes agarraron coléricos a Roberto, y sin respetar su herida, le instaron a confesar quiénes eran los que le secundaban en su plan de evasión.

—¡Habla, perro maldito!... ¿Quiénes eran los que estaban contigo?

Pero Roberto, a pesar del infernal dolor que coña todo su cuerpo, negóse a traicionar a los hermanos de amargura.



Los guardianes, en vista de su terquedad, condujéronle al patio de la hacienda del coronel, para esperar allí las órdenes que dictare éste.

Unos días antes, un buque portugués había sido capturado por el gobernador de la isla, y una buena parte de sus tesoros había ido a engrosar la fortuna del coronel Bishop.

Los prisioneros heridos, padeciendo a gritos que se les remediase, para dejar de sufrir, se hacíanbau en una pequeña granja de la población.

El coronel visitó el improvisado hospital, y en él encontró a Blood, sorprendiéndole que sin su consentimiento se hubiese permitido salir de sus dominios.

—¿Por qué estás perdiendo el tiempo con esta gentuza?—preguntó.

Sin sublevarse, con sangre fría de hombre de honor y conciencia, Blood miró al coronel, y repuso:

—Olvidáis que soy médico, señor. Mi sitio está al lado de los que sufren.

—¿Eh?... ¿Y quién te ha autorizado a ello desde que estás a mis órdenes... desde que eres mío? ¿Qué significa tu arrogancia? ¿Es qué...?

—Perdonad... ni remotamente he pensado en rebelarme... Si estoy aquí es porque así me lo ha ordenado el señor gobernador.

El coronel, al invocar Blood al jefe de la isla, retrucó su furia, y atajó, no sin embarazo:

—Esa es otra cosa... Por ahí podías haber empezado... Sigue, sigue cumpliendo las órdenes del señor gobernador.

Blood volvió a su sagrada obligación, y a poco se le acercó en silencio Arabein, que había acompañado a su tío allí. Después de contemplarle unas momentos,

murmuró, tras de advertirle su presencia tocando con suavidad:

—¿De modo que estos desgraciados os parecen dignos de compasión?



—¿De modo que estos desgraciados os parecen dignos de compasión?

Los ojos de Blood se alzaron hasta los de ella, y sintió una inefable dicha al leer en su semblante que le apenaba la dolencia de aquellos heridos, que se presentaba a él como mujer de corazón, como si fuera su igual, sin la fatuidad de otras veces.

—Vuestro ilustre tío no opina como yo... ¿De buena

ganx los dejaría morir como perros!—repuso Blood sin poder reprimir un gesto de intenso rencor.

Ella pareció dañar la susceptibilidad de Arabela; pero la razón llevaba ventaja, y limitóse a decir la joven:

—Y... y creéis que yo comparto la opinión de mi ilustre tío, ¿no es así?

Blood la miraba inquisitivo. ¡Qué bella era! ¡Qué dulce! ¡Qué buena, en el fondo! Y contestóle, sinceramente:

—Así lo creía, en efecto... ¿Cómo iba yo a pensar que un verdugo tuviese un ángel por sobrina?

Arabela se complacía en jugar con el corazón de Blood. Pareía querer poner a prueba sus sentimientos hacia ella, incitándole a ello de una manera descomulgante. Dábale pie para que se fijase en su carácter, genuinamente femenino, pero al propio tiempo mantenía a distancia a fin de evitar cualquier atrevimiento del apuesto esclavo. Es decir, deseaba que Blood se enamorase de sus encantos, pero ella se oponía a demostrar que le llevaba a él cierta simpatía. Negábase a descender de su pedestal de ídolo, para idolatrar, a su vez.

Así, no era de extrañar que los encuentros de Arabela y Blood fuesen tan constantes como idénticos. Siempre hotaba en sus pláticas, más o menos largas, la turbación para Blood y la aparente frialdad de Arabela.

Al separarse, aquel día, de la sobrina del coronel, Blood dirigióse hacia el patio de la hacienda donde malvivían los esclavos, y en el que se desarrollaba una terrible escena. Roberto, que se negaba a descubrir a sus compañeros, había sido acogotado al

cepo, que era el instrumento de tortura en uso en la isla, y dos siervos del coronel hacían botar sangre de su espalda a cada nuevo golpe de estaca. El infeliz había perdido ya las fuerzas para gritar, y ansiaba la muerte a seguir aquel martirio.

El coronel, enterado de la tentativa de fuga de algunos de sus esclavos, y de la detención de Roberto, presenciaba la tortura, incitando a los esbirros a pegar más recio, a fin de arrancarle la confesión.

—¡Hahín, maldito!... ¡Habla con mil diablos!...  
¿Di quiénes eran los que intentaban fugarse contigo!—le comunicaba él.

Pero Roberto se dejaría despedazar antes que dar salida a la traición.

Cuando Blood llegó al lugar de la inquisitorial tortura, el coronel y sus hombres contemplaban con asombro y recelo a un galeón que se hallaba ya en aguas de la isla.

El coronel no se engañó en sus temores. El barco era portugués. Si no cabía duda que, como repulsión por la capera del navío de la misma nacionalidad, el galeón que acababa de aparecer como un fantasma, el "Cinco Llagas", se disponía a bombardear la población de la Barbada.

Junto a la borda que miraba a la isla, don Diego de Teixeira, comandante del "Cinco Llagas", y su hijo Esteban, sonreían al suponer el espanto que se apoderaría de los isleños cuando ellos les mandasen el primer aviso, para que las fuerzas del gobernador se rindiesen ante las suyas.

Blood, rugiendo de indignación al ver cuán maltratado había sido su pobre amigo, acércósele, y a su imploración de agua, el benjamín de los esclavos,



que si bien no habían recibido latigazos los había visto dar a Alberto, presa de una angustia atroz, oculto de los mercenarios del coronel, se hizo de un vaso recipiente y se lo llenó, encargándose el doctor de darle el contenido a pequeños sorbos.



*encargándose el doctor de darle el contenido a pequeños sorbos.*

El coronel, al volver la cabeza, vió a Blood en su humanitaria acción, y plantándosele delante en un tris, y braceando como un loco, le increpó:

—¿Pero es que siempre has de cruzarte en mi camino?

Blood, ofuscado por la crueldad demostrada por el

coronel mandando azotar en la forma que lo habían hecho a Roberto, olvidóse en aquellos momentos de su condición de esclavo por la fuerza de la fatalidad, y miró frente a frente al que era su amo.

—Señor... este hombre ha sufrido bastante... y sería criminal continuar... Mi conciencia me manda que lo salve.

—¿Cómo te atreves a hablarme con esa insolencia, miserable?... ¡Voy a hacerte pasar a latigazos!

El coronel, transfigurado por la ira que se apoderó de él al rebelarse Blood a su indiscutible autoridad, iba a hacer cumplir el castigo anunciando, mas he aquí que algo vino a proteger al noble doctor. La nave lusitana acababa de empezar el bombardeo de la isla.

Inmediatamente, el coronel y sus súbditos reuniéronse con las fuerzas del gobernador, para repeler la agresión e impedir que los marinos portugueses se saliesen con su pretensión de entrar en la isla.

Gracias a la confusión que produjo en todas las esferas el barco de guerra portugués, pudo Blood, secundado por el benjamín, libertar a Roberto del cepo, transportándolo tan cuidadosamente como les fue posible a su camarote.

La espalda del castigado estaba atravesada en todas direcciones de surcos en los que la sangre se había congelado amarrotándose. La piel, magullada de arriba abajo, parecía como encogida. Al menor movimiento, el infeliz Roberto ahogaba gritos de dolor.

Ocultando su emoción, Blood sanó las heridas, poniendo en tal tarea ternuras maternales.

Roberto, en medio de sus sufrimientos, tenía un gran alivio, y éste lo debía a su interés.

—Querían arrancarme los nombres... de las que intentaban fugarse... pero no los he dicho... no los he dicho...—balbucía.

En tanto, en el embarcadero de la isla, las fuerzas del gobernador se oponían a la entrada de los soldados del caballero portugués, que en varios botes habían llegado hasta allí.

Los lusitanos eran numerosos, y como desde el galeón los apoyaban con cañonazos que atronaban el espacio atemorizando a los isleños, fuerza fué que les dejaran libre el paso.

Sin embargo, en tierra firme, la lucha fué enconada entre los dos bandos, pero, al fin, las tropas del gobernador hubieron de rendirse.

La casa de éste se había convertido en refugio de los principales de la isla, pero no tardaron en llegar hasta allí las audacias del caballero portugués, arquetipo del conquistador de fortuna en arriesgados lances, y de mujeres con su sin rival galantería.

El comandante del "Cinco Llagas" no llegaba solo. Su hijo, su mayor tesoro, le acompañaba, y tras ellos iba un fuerte núcleo de gente armada, llevando a la cabeza un cañón, por si acaso...

El gobernador salió a recibir personalmente al caballero, para censurarle agriamente el humbardeo de la isla, pero el lusitano, con impecable corrección, le dijo, en presencia de los nobles que se hallaban en la puerta de la morada:

—Señor gobernador, espero que para mañana al amanecer tendréis dispuesta una indemnización de cien mil piezas de oro... En caso contrario...

El jefe de la isla contrajo el rostro con una aguda mueca, y trató de oponerse a la exigencia del portu-

gués. Mas éste, sin salirse de su pausado hablar y de sus gestos distinguidos, insistió.

—Estoy convencido de que mañana tendré lo que os pido, señor gobernador. Un cañón es un arma muy temible... Con decirnos que bastaría un abrir y



—Señor gobernador, espero que para mañana al amanecer tendréis dispuesta una indemnización de cien mil piezas de oro.

cerrar de ojos para convertir en polvo vuestra casa...

El gotsa apretaba nerviosamente su busto de mando entre sus crispadas manos. Tenía que rendirse a la evidencia de que se hallaba a merced del portugués, ¡Ira de Dios! No tuvo más remedio que



acceder, a regañadientes, maldiciendo para sus adentros al correctísimo y audaz caballero.

—Bien... Os complaceré... pero marchaos tan pronto amanezca.

Separáronse. Los portugueses pasarían la noche en la isla, y el cañón colocado frente a la morada del gobernador, sería custodiado por un buen piquete de hombres, por lo que pudiera ocurrir. Los caballeros almorzarían en cualquier parte, para embarcar con toda su gente al despuntar el alba, con el oro pedido a la primera autoridad.

Pasaron las horas, lentas, monótonas.

Llegó la noche.

Reinaba en la ciudad extraordinaria confusión.

Blood no se había apartado un momento del lado de Roberto, curándole sus heridas.

La condición de esclaves era tan imposible de sobrellevar, que Blood fué el que, haciéndose oír del sentir de todos sus compañeros de infortunio, tramo la fuga para aquella misma noche. El momento no podía ser más propicio. Todos acogieron las palabras de aliento de Blood como una promesa cierta de redención. Tenían ilimitada confianza en él.

—Te seguimos—le prometieron a coro.

—Sí... huyamos de este infierno... aunque sea a la muerte—balbució Roberto, estrechando las manos de Blood.

—¡Pues huyamos! ¡O esta noche, a nunca!—aseguró el doctor.

En las aguas quietas de la bahía dormía el buque portugués, y era su silueta oscura la única esperanza de salvación para Blood y el resto de los esclavos. Si pudieran alcanzar el galeón...

Blood tanteó el terreno hasta el muelle.

Del brazo de la soldadesca, andando sueltos en la noche las siete pecadas capitales, ¡Qué asco! Pero todo se asociaba a su plan.

De pronto, un grito de mujer rasgó el silencio de la calle en sombras, y Blood, creyendo reconocer a Mary Trail, la prima de Arabela, volvió sobre sus pasos, espada en mano, y abalanzóse al miserable que codiciaba la honra de la doncella, que, en efecto, era Mary; y sus aceros se cruzaron, para hundirse el del doctor en el pecho del borracho. Aquella lucha hizo despertar en Blood el espíritu guerrero de años atrás, y fué como un segundo bautismo de fuerza invencible.

Salvada del villano, Mary fué conducida por el doctor a casa de su prima Arabela, que, por hallarse el coronel en la del gobernador, pasaba horas angustiosas, presa de intranquilidad por la ausencia de aquella.

—¡Oh, Arabela! ¡Qué miedo he tenido!

—¿Qué te sucedió, Mary?

Blood permanecía respetuoso a la puerta del salón de la casa del coronel.

Mary contó a su prima lo oportunamente que el doctor había acudido en su ayuda, y Arabela, admirada de la bravura del excepcional esclavo, le miró con una sonrisa que parecía besar.

Blood, en vista del peligro que existía aquella noche para todos los habitantes de la isla, y especialmente para las mujeres, dijo a las sobrinas del coronel:

—Si queréis aceptar un consejo, despertad a vues-

tras servidores y huid al interior de la isla! ¡Aquí no estáis en seguridad!

Elias decidieron obedecer a Blood, y Arabela, al despedirse, le dijo:

— Suceda lo que suceda, señor Blood, el Mary ni yo olvidaremos nunca lo que esta noche hacéis por nosotras.

De haber durado un poco más aquella escena, Arabela no habría podido borrar de sus ojos la huella del amor que sentía por Blood, y acaso éste al saberse amado, hubiese hecho cambiar el rumbo de las cosas.

Cumplida ya su noble misión de amparar a las dos mujeres, Blood reunió con sus compañeros, y decididos a todo, pues tenían la libertad a ganar, y nada más que la vida que perder, trindáronse subrepticamente al galeón.

A bordo todo era silencio.

Como Blood lo había previsto, sólo algunos hombres velaban.

Fácil les fue suprimir a los centinelas, y pronto vieron dentro del barco.

Roberto había sido conducido al navio con toda clase de precauciones, y reposaba en el mejor camarote.

Ahora, a esperar a los caballeros lusitanos con el botín.

En la playa, el gobernador y el coronel despedían a los en mala hora visitantes.

Don Diego, con su peculiar elegancia, agradeció las "atenciones" recibidas de la primera autoridad, y embarcó con su hijo en un bote, en dirección al galeón.

Los soldados hicieron lo propio, a continuación.

En el bote ocupado por los caballeros iba la caja con el oro entregado por el gobernador.

A bordo, aleccionados por Blood, los emancipados esclavos esperaban a esos "señores", convenientemente preparados para obsequiarles con un digno recibimiento. El que más se aplicaba en ejecutar las órdenes, era el benjamín, que había vuelto a engordar de satisfacción, al recobrar la preciosa libertad.

Corrió el aviso de que los lusitanos estaban junto al barco.

Subieron la escalerilla.

Apenas sobre cubierta, fueron derribados, respectivamente, de un portazo en la cabeza.

La caja del oro estaba ya a bordo.

Los soldados, en los otros botes, se acercaban.

Blood hizo funcionar los cañones, pues era un peligro dejar que los portugueses avanzasen. En poco tiempo las lanchas zozobraron por efecto de los disparos, con gran sorpresa por parte de los mismos soldados y mayormente de los morales de la isla.

De pronto en el galeón fue izada la bandera inglesa, suprimiéndose la portuguesa.

El coronel, desorientado los ojos ante ese espectáculo imprevisto, exclamó:

— Mirad, señor gobernador!... ¡Están izando los colores ingleses en la popa del buque portugués!

La población arremolinada en la playa participaba de la creencia del coronel y del gobernador de que algunos compatriotas, desafiando a la muerte, habían jugado una traza a los lusitanos para salvar el oro del gobernador y vengarse de los perjuicios irrogados por ellos a la isla.



El coronel, llevado de su sed de gloria, y codicioso, decidió trasladarse al buque, para enterarse de la verdad.

Eso era lo que los ex esclavos suyos deseaban. Buena acogida le reservaban.

La lancha no tardó en besar los flancos del galeón. En la playa, Arabela y Mary se preguntaban, como todos, qué significaba aquello.

Al poner pie en la borda, el coronel distinguió a sus esclavos, y su corazón le dió un enorme salto en la caja. ¡Caramba! ¡Sus esclavos! Venciendo sus primeros temores, se inclinó a creer que se trataba de una demostración de gratitud hacia él que habían querido darle. Parecunda su vista por ellos, oyó la voz de Blood:

—Sed bienvenido a bordo, querido coronel.

¡Ah! ¡Eso era obra de Blood! ¡Vaya con Blood! ¡Qué ambicioso! ¡Indudablemente, pretendería una recompensa!

Envalentonado por esta suposición, el coronel no vaciló en quedarse. Los que lo condujeron en la lancha, fueron despedidos, y se alojaron en el bote.

—¿De modo que con este puñado de valientes has capturado buque y tripulación?... ¡En verdad, en verdad, casi estoy por felicitarte, Blood!—decía el coronel, paseándose entre las dos hileras de esclavos que acechaban sus menores movimientos. Considerábase dueño del buque. ¡Claro! ¡Lo habían capturado sus esclavos para él!

—Vuestra Excelencia es demasiado amable con unos pobres esclavos!—repuso Blood.

—Buena hazaña, Blood; y es muy posible que, en

reconocimiento de tu acción, Su Graciosa Majestad te perdone una parte de tu pena.

—Algo es algo... ¿Y Vuestra Excelencia se dignará perdonarme igualmente los latigazos que me había prometido?

Blood hablaba serenamente, burlándose ocultamente del coronel, sin que éste lo comprendiese. Los esclavos, que no entendían de cumplidos, apremiaron a su jefe supremo, que los batía libertado del yugo infame:

—Capitán, ¿pero es que no vas a colgar a este pajeirato del palo mayor?—dijo uno de ellos.

El coronel empezó a comprender la coartada, y empalideció, mirando suplicante a Blood.

—¡Arrojémosle al agua, y así terminémos antes!—propuso otro.

Todos se disponían a dar cuenta del malvado, cuando resonó imperativa la voz de Blood:

—¡Silencio! ¡A bordo no hay más que un capitán, y ese soy yo!

Y dirigiéndose al coronel, que sudaba a chorros, le manifestó:

—O guardaremos como rehén, querido coronel, hasta que salgamos de la bahía.

En tanto, los barqueros regresaban solos a la isla, y el estupor de los que allí les esperaban con noticias, era indescriptible.

El gobernador preguntóles lo que había sucedido. Ellos, con grandes aspavientos, contaron lo que sus ojos habían visto:

—¡Blood ha tomado el mando del buque portugués y ha hecho prisionero al coronel!

La realidad cayó como un maza en la cabeza

de todos. ¡Los esclavos iban a vengarse de su amo! El coronel no valería jamás a la isla!

Arabela sintió una infinita congoja, con su prima Mary, pero, en el fondo de su ser no admitía que Blood dejase de ser el caballero que ella había descubierto en él desde el primer instante.

A bordo, el castigo que se preparaba al coronel iba a cumplirse. El benjamín de los nuevos propietarios del galeón no cabía en sí de gozo. ¡Ah, el bandido del coronel! ¡Las iba a pagar todas juntas! ¡El se encargaba de la ejecución de la orden del capitán!

—¿Sabéis nadar, coronel?—preguntó Blood.

—¿Nadar?... Sí... No mucho... Lo bastante... Pero...

—En ese caso, preparaos a tomar un baño frío...

¡No, no os asustéis! Como médico, os aseguro que os sentará perfectamente... siempre que no tengáis algún mal encuentro con los tiburones que abundan en la bahía.

Muerto de miedo, el coronel no sabía de qué lado moverse. Los esclavos le despojaron de su casaca, dejándole en mangas de camisa, y suspendieron una soga sobre el mar.

El benjamín habíase apoderado de la espada del que fuera su verdugo, y con la punta de la misma acariciábale la parte posterior, para que no retrocediese al llegar al borde del abismo líquido. El castigo tenía su parte cómica. El coronel suplicó que le mandasen a la isla con una lancha, pero las "caricelas" del benjamín eran tan "suaves" que, ¡cataplum!, arrojóse al agua, alejándose del buque a gado con todas sus fuerzas, marcándose, volviendo a diestra y

sinistra su cabeza, para asegurarse que tenía la vía libre.

El ridículo por que pasó el coronel al regresar a la isla fué mayúscula. Allí tenía muchos enemigos, y la ocasión se mostró propicia a los burlas.



*El castigo tenía su parte cómica.*

El gobernador y las sobrinas rodearon al coronel, inquiriendo lo que le había ocurrido con Blood.

Espumando de cólera, el coronel dijo postes contra el doctor, y remató así sus denuestos:

—Y fíjate, sobrinas, fíjate hasta dónde llega la osadía de ese hombre! ¡Me ha dicho que por consideración a ti, no me colgaba del palo mayor!



Mary sonrió a Arabela. ¡Ah! ¿De modo que Blood no era insensible a la belleza de su prima? Y Arabela, cada vez más entusiasmada con las proezas del doctor, sentía perderle como esclavo... de su amor...

En alta mar, Blood visitó en los camarotes donde los hiciera encerrar por separado, a los caballeros lusitanos.

Los esclavos no parecían los mismos. Habíanse vestido con los uniformes de los portugueses, y Blood lucía un traje de ricas adornos, de don Diego.

Este, al verle aparecer, seguido de varios compañeros, trató de herirle, a traición; pero, desarmado, irguióse altanero y exigió una explicación de aquel atropello.

—¿Vuestro buque, decís?... ¿Vuestros vestidos?... No, Excelexcia: mi buque... mis vestidos—atajóle Blood. Y prosiguió, poniéndose a la altura del más fino caballero—: Tengo el honor de comunicarles que vos y vuestro hijo sois mis prisioneros.

—¡Hablemos claro! ¿Qué rescate exigís?

—Ninguno. Pido solamente que nos guíéis al puerto holandés de Curacao. Y sabed por qué. Mi camarada Roberto Pitt, el águila que a bordo conoce el arte de la navegación, está enfermo... Prometedme que me obedeceréis lealmente, y no se os causará la menor molestia.

Don Diego dobló su soberbia ante Blood, y el galeón enfiló la proa, al parecer, hacia Curacao.

Pero, algunos días después, Roberto, convaleciente de sus heridas, subió al puente, y algo anormal sorprendió en la ruta que seguía el galeón...

Don Diego reunióse con ellos en aquel momento, y Blood, amenazador, instóle a decir la verdad.

—¡Me habéis traicionado!... ¡Esa costa que se divisa no es la de Curacao!

—Nos hemos desviado del rumbo.

—¿Y ese navío?

—Ese buque, según he podido ver con ayuda del atalejo, ostenta el pabellón de mi hermano don Miguel de Teixeira, gran almirante de la escuadra portuguesa...

—¿Ah, heibón!

—Matadme si queréis!... ¡Mil veces me he jugado la vida en aventuras de mar y tierra!... ¡Pero matadme con una muerte digna de un caballero!

No había momento que perder. Los minutos estaban contados. El buque de guerra almirante estaba cerca. A grandes males, grandes remedios. Blood hizo atar junto a la boca de un cañón, que le apuntaba el bajo vientre, a don Diego, y ordenó que trajeran a su presencia a su hijo. Este, al ver en tan grave peligro a su padre, creyó volverse loco.

—Padre!...

Blood permanecía impasible ante el dolor de aquel par de bravos.

—¡Bandido! ¡Pírate! ¡Soldad a mi padre!—clamaba el muchacho.

Al fin, Blood salió de su mutismo.

—¡Basta! A pesar de que vuestro padre me ha traicionado, reconozco que en la guerra cada uno se porta como puede, y no es mi intención quitarle la vida... Escuchadme... Sin duda, vuestro tío don Miguel de Teixeira ha reconocido este buque. Hay que echar mano de una estratagemma para ocultar la verdad... Vos, diciendo que vuestro padre está enfermo, os presentaréis en el buque almirante portu-

gués... Yo os acompañaré... para evitar un posible desliz... Me presentaréis como un noble compatriota vuestro que se hallaba en la Barbada y que regresa a su patria. A nuestra vuelta, si nada nos impide abandonar estas aguas, vos y vuestro padre seréis puestos en libertad en cuanto toquemos tierra.

El portugués aceptó, por salvar a su padre.

—Pero no olvidéis—prosiguió Blood—que si, por cualquier causa, don Miguel de Tolxiro ordena disparar contra nosotros en este cañón el que contestará primero.

El atemorizado hijo se avino a todas las condiciones de Blood, y al ponerse a su alcance el buque almirante, pasaron a su bordo.

Una hora después, Blood y su prisionero regresaban al "Cinco Llagas". Este volvía a tener libre para él el gran camino del mar.

Uno de los marineros dijo en voz queda al jefe:

—¡Capitán... el caballero portugués ha muerto!

Oída por el hijo la funesta nueva, desarrollóse una patética escena.

Blood demostró a su prisionero que la muerte de su padre había sido natural, y, emocionado, tuvo para él frases de consuelo.

—Lamento de veras lo ocurrido... Yo ignoraba que vuestro padre estuviese enfermo del corazón... Mi promesa sigue en pie: en cuanto divisemos tierra, abandonaréis este buque.

\*\*\*

Algún tiempo después, el "Cinco Llagas", bajo su nuevo nombre de "Arabela", se transformaba poco a poco en el buque corsario más temible de cuantos recorrían en todas direcciones los mares del Tópico.

Cinco años habían transcurrido... En una isla desierta de las Antillas, el pirata Devassent estaba su última buta...

Uno de los hombres del corsario sumado a cruel tortura a un prisionero, estrechando alrededor de su cabeza una cuerda, mientras el jefe le invitaba a mostrarse conforme con sus exigencias.

—He fijado vuestro rescate en veinte mil escudos de oro. ¡No es mucho! Vuestro padre, a quien iréis a visitar en la isla de la Tortuga, os dará con creces esa cantidad.

La víctima, resistiendo el dolor de la tortura, contestó:

—¡Nunca, bandido!... ¡Nunca! ¡De mis manos no tendrás ese dinero!

Cerca del prisionero, sufriendo viendo sufrir, había una joven. Señalándola, dijo el pirata a aquél:

—Como gustéis... Vuestra linda hermana me compensará de su pérdida.

El azar había llevado al capitán Blood a aquella isla desierta, y su espíritu caballeresco iba a impulsarle, como siempre, a tomar la defensa del débil.



Presentóse, con algunos hombres, al pleito, al que conocía.

—Levasseur, ¿pueda saber por qué pides veinte mil escudos de oro?—le preguntó.

La intromisión de Blood molestaba a Levasseur. Limitóse a contestar.

—Estos jóvenes son mis prisioneros; los he capturado en una fragata holandesa.

El joven dióse a conocer:

—Somos los hijos de Enrique de Ogerón, gobernador de la isla de la Tortuga.

Al oír lo cual, exclamó Blood:

—¡Levasseur, el conde de Ogerón es amigo mío, y ya no puedo consentir que nadie pida rescate por sus hijos!

Léjos estaba el pirata de acceder a la pretensión de Blood, y ésta, para provocar una querrela con Levasseur, abrazóse a la joven, y dijo:

—¡Esta mujer me pertenece! ¡Es mía, porque soy el más fuerte!... ¡Si no estás conforme, deja que calien las lenguas y hablen las espadas!

Levasseur aceptó el desafío, y los aceros se cruzaron frenéticos, a muerte. Blood era un excelente tirador de espada, y Levasseur tuvo ocasión de reconocerlo, al sentirse atravesado por la hoja del adversario.

Libertados los prisioneros del venado, Blood los llevó a bordo de su buque, y los condujo al lado de su padre, sin aceptar recompensa alguna.

Hacia dos años que el coronel Bishop había abandonado sus posiciones de la Bahía para trasladarse a Port Royal, la capital de Jamaica, donde sus ambi-

ciones políticas tenían campo más abonado para triunfar.

Arabela, desde que Blood se alejó de la isla, habíale reservado sus pensamientos, y su corazón era insensible a otro amor que al suyo.



*Levasseur aceptó el desafío, y los aceros se cruzaron frenéticos, a muerte.*

Mary, que estaba, por intuición, en el secreto, le dijo, cierta tarde, entre pespunte y pespunte:

—Arabela, juraba que sigues pensando en tu caballeresco capitán Blood... ¿Verdadero?

Arabela hizo un mohín, tratando de esquivar la respuesta.

—Dime la verdad: ¿estás enamorada de él?

Si, le quería... pero, no, no era posible...

El coronel Bishop irrumpió en el saloncito donde ellas estaban, portador de una gran alegría.

—¡Buena noticia, hijas mías!... ¡Lord Wade, comi-



—Dime la verdad: ¿estás enamorada de él?

—¡Por qué queréis castigarle, tío... Que yo sepa, sería real, estaba de traerme mi nombramiento oficial de gobernador de Jamaica! ¡Al fin voy a tener a mi disposición unos cuantos buques para poder castigar a ese canalla de Blood!

Arabela, como movida por un resorte, saltó en defensa del doctor.

—¿Por qué queréis castigarle, tío... Que yo sepa,

nunca ha atacado los barcos ingleses. Y además, querido tío, aunque no queráis, Pedro Blood tiene el alma de caballero y no de pirata.

—No seas ingenua, mujer. Por si acaso, procura no caer en sus manos cuando regreses a Inglaterra acompañada de lord Wade. Es muy posible que te viesen obligada a cambiar de opinión. ¡Cuando pienso que ese bandido ha tenido la audacia de llamar "Arabela" a su barco!

—¿Arabela?... ¿Arabela?...

Mary miró de soslayo a su primo... y sorprendió una lágrima en sus bellos ojos.

\*\*\*

Algunas semanas después, hallándose el "Arabela" en la ruta seguida por los buques en dirección a Inglaterra, Blood vió no lejos de sí un barco incendiado. Mandó socorro al momento, y, algunos instantes después, los pasajeros del navío en llamas eran recogidos a bordo del "Arabela", uno de ellos lord Wade, el comisario de Su Majestad a que hiciera alusión el coronel Bishop en Port Royal.

Una gran sorpresa les reservaba el destino a Blood y a Arabela, que subió a bordo del barco de su nombre detrás de lord Wade, seguida de Mary, que también regresaba a Inglaterra.

—¡Oh, señor Blood... qué agradable encuentro!— exclamó Arabela, radiante de alegría.



De haber escuchado la voz de su corazón, Blood habría estrechado en sus brazos a la dueña de su vida, mas limitóse a portarse con la mayor cortésidad y cual si aun fuese, para ella, el somiso esclavo de antaño.

—Debe estar escrito que hemos de encontrarnos siempre en circunstancias un poco extrañas.

Lord Wade expresó francamente su asombro al oír el nombre de capitán del "Arabela".

¿De modo que el señor es el famoso capitán Blood?... Ignoraba que estoviesen tan bien relacionada. Arabela...

Mary se disponía a presenciar grandes acontecimientos. Con lo que su prima había estado deseando encontrar a su inolvidable doctor!

La vida de los demás tripulantes del barco incendiado era asimismo sagrada para Blood, y a todos prestó ayuda.

Mientras, en el salón de los camarotes que les fueron cedidos a las primas y a lord Wade, éstos hablaban de Blood. Arabela no encontraba palabras lo suficientemente elocuentes para expresar su admiración por él. Lord Wade, por celos, pues pretendía a Arabela, no tuvo más que repetir lo que había oído decir acerca del pirata.

—¿Decís que ese hombre es un caballero?... Permiidme que no lo crea. Todavía no hace mucho, se portó como un verdadero bandido.

—¿Vos sabéis algo malo de él?

—Es del dominio público que Blood mató a otro pirata, un tal Levasseur, para arrebatárselo una linda prisionera...

—¿Por una mujer?...

—Sí. Esa gente mata por cualquier cosa. Pero como esto no le impide ser un marino extraordinariamente valeroso, Su Majestad me ha encargado, en caso de encontrarla, que le ofreciese un cargo importante en la armada real.



—Es del dominio público que Blood mató a otro pirata, un tal Levasseur, para arrebatárselo una linda prisionera.

Arabela había entristecido. La alegría que sintiera al encontrar a Blood desapareció al tener conocimiento de que se había burlado por otra mujer. Se había engañado creyendo firmemente que él la amaba, que la amaría toda su vida, con ese amor tan hondo, atributo del primero y único... como ella...

No pudo, pues, llegar Blood más inoportunamente en aquellos momentos.

—¿Sin duda, señorita Arabella, desearás que os conduzca a Port Royal?

—¿Por qué lo supondrías?

—Me gustaría mucho saber qué acogida me dispensaba vuestro tío.

—Mi tío, señor, dispone de una hermosa cuerda para ahorcar a piratas y a ladrones!

—Lo que me decía borra mis últimas vacilaciones... ¡Vamos derechos a Port Royal!

Blood había retado al peligro, y el peligro contestó a la provocación, pues cuando el "Arabella" llegaba a la vista de las costas de Jamaica, distinguíase la flota inglesa de Port Royal. Seguramente iba a darle caza, y lo malo era que Blood no podía aceptar el combate con mujeres a bordo.

Los marineros, ante la indecisión de Blood, protestaron, en defensa de sus propias vidas.

—Capitán Blood!, ¿es que unas faldas van a hacer de vos un cobarde?

Blood no chistó.

Lord Wade y las mujeres le contemplaban con evidente preocupación.

—¡Ira de Dios! ¡Amotinaré la tripulación antes que dejar que nos vchen el guante!... ¡Mejor quiero morir de un tiro que con una cuerda al cuello!—gruñó el mismo corsario.

—¡Calma!—suplicó Blood—. ¡Nadie estará obligado a entregarse!... Nadie... excepto yo...

Expectación de todos.

—¡Pero, capitán, si tenemos a las pasajeras!... ¡Guardémoslas como rehenes!

—¿Y qué haremos con ellas?...

—¿Cómo que qué haremos?... ¡Pues ahorcarlas de los penales si la flota inglesa dispara sobre nosotros! Los momentos eran angustiosos. El peligro avanzaba con pasos de gigante.

Blood reflexionó.

—¡Esperad!—dijo al fin—. Tengo otro medio menos violento...

Acercóse a lord Wade.

—Milord—le dijo—, me habéis hablado de darme un cargo importante en la marina real... ¿Creéis que el coronel Bishop aceptaría mi nombramiento?

—Una orden de Su Majestad es indiscutible.

—Y...

Arabella escuchaba con gran interés. ¡Blood quería rehabilitarse!

Los marineros esperaban la decisión de su jefe.

—¡Amigos míos—les habló Blood—, este caballero me ha ofrecido entrar al servicio del Rey! Después de lo que todos nosotros hemos sufrido por causa de ese Rey, he rehusado, sin vacilar. Pero, puesto que no hay otra media mejor de salir de esta situación comprometida, acepto... a condición de que no se moleste en lo más mínimo a mis hombres, quienes también serán aceptados en la marina real. ¿Estamos completamente de acuerdo sobre este punto, Milord?

La solución fue aceptada por todos, y Arabella, que sintió como si le quitasen un enorme peso de encima, tendió su mano a Blood.

—Permitidme que os felicite, capitán... Esa determinación os honra.

Miróla Blood humildemente, y murmuró:

—¡Ojalá de este modo pueda algún día haceros olvidar que soy un pirata y un ladrón!



No tardó mucho tiempo en presentarse en el "Arabela" el ayudante del coronel Bishop.

—Es un honor para mí, señores, recibirlos a bordo de mi humilde barco—le dijo el popular corsario.

—¡Dejémonos de cumplimientos, capitán Blood! El coronel Bishop tiene gran interés en poneros por sí mismo la cuerda al cuello!

Blood sonreía. Su reciente nombramiento le ponía a cubierto de la venganza del coronel.

Lord Wado se encargó de aclarar la situación.

—Tengo el deber de informaros, comandante, que el capitán Blood acaba de entrar al servicio de Su Majestad. Leed, si os place.

El ayudante del coronel se impuso del documento, que decía:

*La presente Patente de Corso amnistia al capitán Blood, durante el tiempo que permanezca a nuestro servicio, de todas las acusaciones y condenas que de anterior pesen sobre él.*

Desarmado, el emisario del coronel depuso su actitud autoritaria y mostróse agradable.

—Perfectamente, señor. Tendréis la bondad de seguir a nuestra Esca a Port Royal.

—De mil amores.

Unas horas después, en la bahía de Port Royal, el capitán Blood y su amigo Roberto Pitt aguardaban, con ansiedad disimulada, la decisión del gobernador.

Esta no se hizo de esperar mucho.

*Por la presente se ordena al capitán Blood comparecer inmediatamente en el palacio del gobernador para responder del delito de insubordinación.*

*Coronel Bishop.*

Blood golpeó con furia la mesa.

—¡Ese viejo bilioso no me perdona el haberme negado a entregar mi tripulación a sus esbirros! ¡Ya veremos qué pasa!

Roberto le aconsejó que tomase toda clase de precauciones.

—Tranquilízate, querido Roberto. No sé lo que me espera allí, pero séedalo lo que suceda, te aseguro que estaré de regreso para la hora de cenar.

Un poco después, en Port Royal, Blood tropieza, en la puerta de la casa del gobernador, con Arabela, la cual, cuando él se disponía a saludarla, le volvió la espalda. Le daban todavía el empuje. El recuerdo del lance por el amor de la otra la obsesionaba.

—¡Verdaderamente, señorita Arabela, que acoréis con excesiva frialdad a todo un capitán de la marina real! Erais bastante más amable conmigo cuando yo no era más que un pobre esclavo...—lamentóse gentilmente Blood.

—Ahora no necesitáis mi simpatía... La fortuna os sonríe, como una novia, en el mar y... en todas partes.

—Estáis segura?...

—¿Habéis olvidado ya a cierto Levassour a quien atravesasteis el pecho por los lindos ojos de una hermosa cautiva?

Blood comprendió. Afortunadamente tenía el recurso de apelar a otro lance, del que Arabela estaba enterada.

—Recuerdo que en otra ocasión maté también a un hombre por defender a una mujer... Si no os acordáis de ello, preguntadle a vuestra prima, la señorita Mary Trull...

Una vez más, Blood salta victorioso, y Arabella, aunque, al alejarse de él, fíngiese lo contrario, sentía un gran alivio en su alma.

A poco, el coronel volvía a ver, después de varios años, a su odiado esclavo. Su brusquedad era eterna.



—Erais bastante más amable conmigo cuando yo no era más que un pobre esclavo...

Contrastaba con la amabilidad de Blood. El rencor dictaba las palabras del gobernador. A la entrevista estaba presente Lord Wade.

—¿Con qué derecho os negáis a entregarme los piratas que tripulan vuestro buque?

—¿Piratas?... Querréis decir *corsarios*... señor gobernador. Hay un poco de diferencia.

—¿Cómo?

—*Corsarios*, sí... Milord, ¿no habéis informado al coronel Bishop de nuestras condiciones? Se habló de que la tripulación de mi barco no sólo no sería molestada, sino que se la admitiría en la marina real. Lord Wade no pudo menos de afirmar.

Blood prosiguió:

—Desvanecido este equivoco, señor gobernador, con vuestra licencia, me retiro.

Hizo ademán de marcharse.

El gobernador improvisó, girado, y detuvo a Blood.

—¡No tan pronto, valiente! ¡Mientras yo esté vivo, no volveréis a vuestro navío!

Lord Wade, que tenía sobrado interés en estar en excelentes términos con el gobernador, se mantuvo a distancia del asunto, dejando a los dos enemigos frente a frente, contentándose con escuchar, un tanto apartado.

Blood había echado de ver que el coronel estaba empeñado en vengarse de la hazaña de sus esclavos hacia algunos años, y ni corto ni perezoso, apretando la mayor calma, sacóse a él, y encañonó una pistola en el pecho, ocultándola de lord Wade.

El gobernador era un verdadero cobarde. Ya lo teníamos sabido. A la vista del arma, su arrogancia se convirtió en mansedumbre.

—Vamos, coronel, desarrugad el ceño—le decía al propio tiempo el capitán—, y acompañadme lo más conriente que os sea posible. Voy a tener el placer de mostraros de nuevo el "Arabella".



Arabela, convencida más que nunca de la caballerosidad de Blood, le esperaba en el jardín de la rica morada de su tío. Al verle salir junto con éste, cogidos del brazo, acompañándoles local Wade, los tres sonrientes, quedó asombrada. ¿Qué milagro!

A bordo, a donde llegaron sólo Blood y el gobernador, Roberto preguntó a su jefe, con la mirada, la significación de aquella visita.

—Tenías razón, Roberto: era un lazo que se me tendía... Sólo que me ha traído el lazo conmigo, para inutilizarlo.

El coronel sudaba como antaño, sobre el mismo navío. Indudablemente, las "Cinco Llagas", aunque desaparecidas, eran aún dolorosas para él.

Los compañeros de Blood, los que, entre la tripulación de su buque, fueron esclavos del coronel, se alegraban del acontecimiento, preparándose a castigarle otra vez, de ser posible para siempre. El que mayor alegría sentía era el benjamín, el cual, si bien era una mantecada a las buenas, y también a las malas, por su pusilanimidad, tratándose del coronel se consideraba capaz de transformarse en antropófago.

Lo que más espanto causó al gobernador al llegar al navío de Blood, fue el ver a Roberto, representando desde la horrible escena de los azotes atado al cepo.

—Preparad una cuerda bien sólida en la verga grande del palo mayor!—ordenó Blood—. Es muy posible que tengamos que utilizarla...

El benjamín desahucó, otra vez, al coronel, y se recreaba haciendo ejercicios de esgrima tomando por blanco el voluminoso abdomen de aquél.

—¿Pueda saber qué es lo que pretendéis?—inquirió, considerándose perdido, el gobernador, al llegar

al camarote de Blood, al que éste, con Roberto, le condujo.

—Como en otro tiempo, querido coronel, quiero disfrutar de vuestra agradable compañía hasta que salgamos del puerto... Exceso deiros que si las baterías de la fortaleza disparasen sobre nosotros...

—¿Qué?...

—...ens bailarías una danza trágica colgado de la verga del palo mayor.

—Es lo que harán, lo convenido. ¿Y entonces?...

—Hay un medio! extendid la orden de que dejen salir libre al "Arabela", y vos nos acompañaréis hasta donde sea preciso.



Blood y Roberto rivalizaban en cubrir de atenciones al gobernador. (pág. 52).

—¡Sois una ralea de cobardes!

—Vamos, querido coronel. No se enfadéis. ¡Si somos tan buenos amigos! Decidnos. Una firma, y asunto terminado.

Blood y Roberto rivalizaban en cubrir de atenciones al gobernador, que no andaba ya a chorros, sino a cántaros.

¡Había que ver la cara del cazador cazado!  
Firmó.

Pero cuando Blood disponíase a mandar a alguien con la orden del gobernador a la fortaleza, preséntole lord Wade. Se le brindaba una ocasión de prestar un buen servicio al coronel, y además, al Rey.

—Capitán, voy a hablaros con franqueza... Teniendo un golpe de audacia de vuestra parte, di orden al comandante de la fortaleza de que desatendiese cualquier escrito que le llegase del coronel Bishop. Vos no podéis marcharos. Habéis aceptado pasar a la armada real.

—¡Por nada en el mundo traicionaría yo a mis compañeros, Milord! ¡Al aceptar mi nombramiento les prometí que a ellos no se les molestaría, y, o se cumple la promesa, o el capitán Blood sigue el destino de sus compañeros!

—Es inútil vuestra rebeldía. No podéis abandonar el punto.

—En ese caso, Milord, tendréis el disgusto de ver ahorcar a vuestro amigo al gobernador.

Nuestro hombre se derretía de angustia.

—¡Por favor, lord Wade, id vos mismo a llevar la orden!... ¡Este pirata del demonio es capaz de hacer lo que dice!—imploró al comisario de Su Majestad.

Lord Wade hubo de acceder, y al iniciar la partida, Blood le detuvo.

—Tomad mi nombramiento... Os lo devuelvo... Lo había aceptado con la esperanza de rehabilitarme a los ojos de mi Arabela... Pero puesto que en ese terreno vos sois el victorioso y yo el vencido, prefiero volver a mi libre existencia de pirata... Decidme que la quiero tanto y tan bien, que sólo deseo su felicidad.

Aquellos dos hombres que adivinaron eran rivales en amor, miráronse fijamente, y un mismo impulso unió estrechamente sus manos. Sin rencor. Como hombres buenos.

Aquella misma noche, el capitán Blood volvía a su vida azarosa de corsario, con la espina de un desgano de amor clavada en mitad del corazón.

A la mañana siguiente, lord Wade, que varias veces había pensado en Arabela como en la esposa ideal, encontraba el camino expedito para una declaración amorosa.

La vió en el jardín de su casa.

—Milord—le dijo ella—, si me acuerdo mal, anoche me dijisteis que tenéis que darme cierto encargo...

—Sí... Se trata del antiguo esclavo de vuestro tío... Al devolvernos la libertad a él y a mí, el capitán Blood me rogó que os hiciese saber que vuestra felicidad era su deseo más ferviente.

—¡...!

—Lo extraordinario es que ese hombre ha tenido la audacia de enamorarse de vos... Pero, en el fondo, no carece de buen sentido, y está dispuesto a inclinarse ante vuestra decisión, si elegís a otro hombre para compañero de vuestra vida.



Hubo una pausa. El pecho de Arabella dilatábase de emoción...

—Arabella, ¿no podría yo ser ese hombre?... La felicidad de mi vida depende de vuestra contestación.

No, ella no podía amarle. Blood se lo impedía. Blood era su dueño. Sus miradas suplicaban comprensión. Y rezó:

—Perdonadme la pena que voy a causaros, milord... pero mi corazón no puede sentir por vos más que una profunda, una sincera amistad...

—...Perdonad... perdonad...

\*\*\*

Un día, las plácidas digestiones del gobernador de Jamaica se vieron turbadas por un acontecimiento inesperado.

Había recibido una real orden.

Decía:

*En razón del estado de guerra que de nuevo existe con Francia, el Gobierno de Su Majestad ha nombrado a lord Raleigh gobernador general de las Indias Occidentales. Por lo tanto, debéis poner a sus órdenes a su llegada a esa capital.*

Reciente todavía la nueva burla de que le hiciera objeto Blood, el coronel quería ver saciada su sed de venganza.

¡Oh, sí! Antes de que llegase el nuevo gobernador, él mandaría todos los navíos en persecución del "Arabella" hasta encontrar, vivo o muerto, a Blood, y ponerle él mismo la cuerda al cuello. Así como el pirata le preguntó un día: "¿Sabéis nadar?", al disponerse a estrangularlo, le decía: "¿Sabéis respirar?"

Pasaron unos días. Un navío inglés había sido echado a pique por los galeones franceses, y el capitán Blood había recogido a bordo del "Arabella" a dos personajes principales, al parecer.

Uno de éstos, en el camarote-despacho de Blood, le decía al otro, a solas:

—¡Qué escándalo en Inglaterra cuando se sepa que después de habes sido bombardeados por los franceses, hemos sido cazados por los piratas!

No había desesperación en este comentario, sino una asombrosa, más bien cierta gracia.

Blood apareció en este momento.

—Perdón... Vuestras Señorías se equivocan... No han sido cazados... Han sido socorridos... lo que, a Dios gracias, es bien diferente.

—¡Ah!

—¿Socorridos?

—Me presentaré entonces, señores: lord Raleigh, gobernador general de las Indias Occidentales... y mi acompañante, el almirante Van Der Kuylen, que debe tomar el mando de la flota del rey Guillermo.

—¿Cómo?... Perdón... Ahora soy yo el que no comprende... ¿A qué rey Guillermo os referís?... ¿En qué país reina?

—En Inglaterra.

—¿De veras?

—¿Pero en realidad ignoráis que Guillermo III de Orange subió hace un año al trono de Inglaterra?

—¿De modo que aquel inolvidable Jaime II y su banda de foragidos no tienen ya el poder en sus manos?

—¡Pardiez, capitán Blood, parece que eso os interesa profundamente!—exclamó el almirante, que era un hombre de un humor admirable.

—Más de lo que podéis imaginar.

El advenimiento de un nuevo Rey al trono de Inglaterra representaba para Pedro Blood y sus compa-

ñeros el final de su vida errante y aventurera; para todos ellos iban a abrirse de par en par las puertas de sus hogares.

—¿Qué puedo hacer por vos, Milord?—inquirió Blood, lleno de dicha, del gobernador general de las Indias.—¿Deseáis que os conduzca a Port Royal?

—Precisamente, de Port Royal acabábamos de salir cuando nos atacaron los franceses... Y nos encontramos con la novedad de que ese imbécil de Bishop había salido con toda la flota en persecución vuestra.

—¡Demonio! ¿Qué locura dejar la plaza sin defensa en tiempo de guerra! Que se entere el enemigo y...

—Tenéis razón. Según mis noticias, ya la flota francesa rondaba las costas de Jamaica.

—Es necesario obrar rápidamente.

Blood llamó a Roberto.

—Pitt, haz poner la proa hacia Port Royal y avisa a nuestros camaradas del "Elisabeth" que vengn en nuestra ayuda.

Blood había acertado.

Unas horas después, las naves francesas iniciaban su ataque contra el indefenso Port Royal.

La flota francesa estaba mandada por el almirante De Rivalet.

Si antes de una hora no había regresado el coronel Bishop con los navíos ingleses, la isla estaba perdida.

Mientras tanto, el "Avahela", arrastrando en su estela al "Elisabeth", otro corsario inglés, se dirigía a toda marcha hacia el lugar del combate.

En la fortaleza fué notada la aparición del "Avahela".

—¿Es el galeón del capitán Blood?... ¿Pero a dónde



va ese hombre? ¿Acaso no ve que marchó hacia la muerte?—dijeron los oficiales de guardia.

Arabela se enteró de ello, y, temiendo por su suerte, se preguntaba qué pretendía el temerario pirata.

Majestuosamente, navegando al impulso de todas sus velas desplegadas, el "Arabela" y el "Elisabeth", con sus tripulaciones enardecidas de entusiasmo, iban a luchar, esta vez no por el botín, sino por la patria.

A poco, casi a boca de jarro, el "Arabela" entraba en batalla con un cañonero turco.

Sus tripulantes aunaban sus energías ansiosas del triunfo.

El cielo teñíase de rojo. Una densa humareda irrespirable ascendía a él, como incienso quemado en holocausto de un santo ideal.

Las naves francesas se defendían desesperadamente, cogidas entre el fuego del fuerte y el de los galcones corsarios.

Pero un disparo hizo buen blanco en el "Arabela". La situación era crítica.

—Capitán, la proa acaba de sufrir una triple andanada... ¿Nos hundimos!

Ante el inminente peligro de zozobrar, dominando el fragor de los cañones, la voz potente del capitán Blood lanzó la orden de abordaje.

—El "Arabela" va a hundirse!... ¡No nos queda más que un recurso: intentar el abordaje de la capitana enemiga—dijo luego Blood al gobernador general y al almirante, ambos extraordinariamente admirados del arrojo del corsario.

Cumplióse la orden.

Las dos poderosas naves entraron en colisión, arrojándose sus garfios...



—¡Capitán, la proa acaba de sufrir una terrible andanada! ¿Nos hundimos!

—¡Al abordaje!... ¡Al abordaje!—gritaba con toda su alma Blood.

La ola de asaltantes, dispuestos a matar y a morir, cayó como una tromba sobre las defensas francesas.

Allá lejos, una de las naves enemigas, se incendiaba rápidamente...

Y, entretanto, la lucha, feroz y encarnizada, cuerpo a cuerpo, proseguía sin tregua ni cuartel.

Lentamente, el "Arabela", sin llevar a bordo ni uno solo de sus hombres, se despegaba de su adversario...

Y, de pronto, herido de muerte por una terrible andanada, dobló la cerviz hacia el abismo...

Pero había triunfado la loca acometida de aquellos lobos de mar, y, como símbolo de la victoria, ondeó la bandera inglesa en el palo mayor del buque almirante francés.

¡Pobre "Arabela"!

Acercados a la borda del navio conquistado, con lágrimas en sus ojos, que tantas veces habían visto de cerca a la muerte, contemplaban los corsarios el fin glorioso de su galeón.

Ya no quedaba casi nada de aquella mole que los cobijó durante una parte de su vida.

Sobre el abismo que había vuelto a cerrarse sobre su víctima, flotaba, aferrada a una pavesa, la bandera patria, y aquellos héroes, los que por rebeldía a un régimen tirano conocieron la humillación y la amargura del destierro como algo inundo, recogieron el preciado símbolo.

Blood no aspiraba a recompensa alguna, y por esta razón fué mayor su sorpresa al recibir el premio a su valor. Encargóse de ello lord Raleigh.

—¡Cómo!... ¿Yo gobernador de Jamaica?... Verdaderamente, milord... semejante honor es excesivo... —pronunció Blood con voz entrecortada por la emoción.

—¡Bah! No seas modesto...

—Es que... además... yo soñaba con regresar a Inglaterra... volver a ver mi casita, mi jardín, mis manzanos que ahora deben estar en flor...

—¡Oh, qué poético!—exclamó el humorístico almirante—. ¡Los manzanos en flor!... ¡Muy poético, capitán Blood!

—No tenía más remedio que aceptar, Blood—le dijo el gobernador general—. ¡Sería desairar a Su Majestad, y vos no sois capaz de eso!

No tuvo más remedio que acceder.

—Y el coronel Bishop?—preguntó.

—Ese es asunto vuestro, querido gobernador... Lo que vos hagáis, bien hecho estará.

Arabela fué la primera visita que recibió el nuevo gobernador.

—He sabido que mi tío será encarcelado en cuanto desembarque... Yo quisiera...

—Señorita—la atajó Blood—, encuentro muy natu-



ral que pidáis gracia para vuestro tío, pero debo cumplir con mi deber. El coronel Bishop ha abandonado la isla que se le había confiado y se ha hecho, por lo tanto, acreedor a un castigo. Mi decisión, Arabella, os probará que no *pirata*, y *ladrón* además, puede ser también *justiciero*.

—¿Es que nunca me perdonaréis unas palabras que pronuncié en un momento de ligereza?

—Jamás anidó en mí el rencor.

El coronel tenía sobrados motivos de tener un castigo en relación con su grave falta. En buenas manos había caído!

Pero un hombre bueno no deja de serlo nunca, ni con sus peores enemigos, y he aquí la decisión que adoptó Blood:

*Cumpliendo nuestras órdenes, el coronel Bishop se retirará a sus posesiones de la Barbuda y no será objeto de ninguna sanción penal.*

Entregó el pergamino a Arabella, quien, al leerlo, emocionada, murmuró:

—Nunca había dudado de vuestra generosidad, señor gobernador.

Blood le habló de otro asunto.

—Lord Wade va a regresar a Inglaterra, según me ha dicho... ¿No le acompañaréis?

—No... ¿Por qué me lo decís?

—Yo creía... yo creía que ese caballero no es era indiferente...

—No... no...

Una pausa.

—¿De veras?...

—¿Por qué insistís?...

—Arabella... ¿será verdad lo que pienso?... ¿Será verdad que accedéis a ser mi esposa?

No le dio tiempo de contestar. La atrajo contra su pecho, y la estrechó tiernamente en sus brazos.

—¿Verdad que sí?—prosiguió.

—¡Oh, Pedro! ¡Yo ya había perdido la esperanza de que me lo propusierais!...

Y abandonáronse a la dulce expansión de sus almas.

FIN

**C**OLECCION USTED LOS  
SUGESTIVOS LIBROS DE LA  
BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

CUYOS TÍTULOS SON  
LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie. — El triunfo de la  
mujer. — El prisionero de Zenda. — El  
joven Medardus. — Los enemigos de la  
mujer. — Una mujer de París. — El Corsa-  
rio. — Para toda la vida. — Cyrano de  
Bergerac. — De mujer a mujer. — La Her-  
mana Blanca. — El milagro de los lobos.  
"París...!" — Venganza de mujer.

Precio de cada libro:  
**UNA PESETA**

Teresa de Ubervilles — Maciste, Empe-  
rador. — Lirio entre espinas. — El que  
recibe el bofetón. — Rómulo. — Janice  
Meredith. — El Fantasma de la Ópera.  
El trono vacante. — El Caid. — Madame  
Sans-Gêne. — América

**EL CAPITÁN BLOOD**

Precio: **50 cts.**

Próximos números:

Más fuertes que su amor (Rodolfo Valentino  
y Gloria Swanson)

ELLA... (del Cier)

Nobleza baturra (Selecciones Capitollo)

¡ÉXITO GRANDIOSO!



